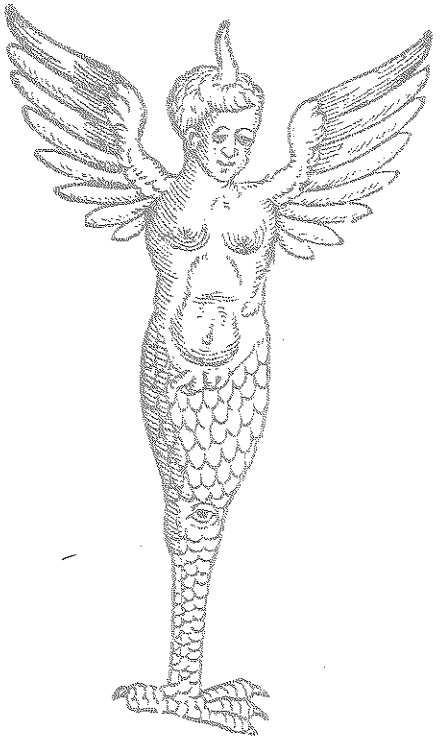
Basilio Alfredo Martínez Villa, nació en Mexicali, Baja California el 13 de septiembre de 1974. Es egresado de la especialidad en Narrativa del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Cultura de Baja California. Publicó en la Gaceta del Colegio de Bachilleres, donde cursó el Bachillerato Internacional.

Actualmente es estudiante de la Facultad Derecho de la UABC y es conductor del programa *Odisea Universitaria* en Radio Universidad.

Ediciones Los Domésticos
1996

LA GORRUÑA



BASILIO MARTINEZ

Ediciones Los Domésticos
1996

Primera Edición 1996
Ediciones Los Domésticos
Elizabeth Algrávez y Mario Bojórquez

D.R. 1996 Basilio A. Martínez Villa

Mexicali, B.C.
Impreso en México
Registro en Trámite

Ilustración de portada: Monstruo de Ravena
Grabado de la colección: William C. Darling

Cierta Historia

Ocurrió una tarde de agosto cerca del edificio de la compañía de teléfonos. El hombre se encontraba sentado frente al escritorio en su oficina, cuando en forma abrupta su jefe irrumpió. Después de saludarlo amablemente y preguntarle por su familia, se vio obligado a comunicarle que sería el próximo en abandonar la empresa debido al recorte de personal. Nuestro personaje, asintió amablemente con la cabeza y recibió de manos de su jefe el cheque de liquidación.

Regreso a casa tomó el colectivo, y no hizo otra cosa que mantener su vista fija en el pedazo de papel que sostenían las manos. Así, pensaba un poco. Por su cabeza cruzó el recuerdo de su esposa, el del auto que esa mañana había amanecido con una llanta plana, el del diario que había olvidado en la oficina, en las muchas de sus deudas; lo cierto era que no podía dejar su mente en blanco.

Lo verdaderamente importante, no es lo anterior. El problema está en, ¿cómo escribir esta historia? Sí, ¿cómo? No es una pregunta fácil de responder. Es decir, ¿qué tipo de narador sería conveniente utilizar?, ¿intradiegético u omnisciente? Podría también utilizar sólo personajes; pero, ¿cuántos sería correcto utilizar? Uno, tres, siete; o, ¿qué les parece el asunto de las funciones? Pueden ser varias, quizá, siendo un poco ambiciosos hasta podríamos suprimirlas, en fin, por momentos no es tan sencillo.

Si algo hay de cierto en todo esto, es que el hombre no dejaba de pensar.

Se bajó del transporte justo frente a su casa, al abrir la puerta escuchó una especie de forcejeo y una respiración agitada que provenía de la cocina. Se asomó. Justo frente a él, sobre la barra al lado de la estufa, su esposa estaba haciendo pucheros en forma consentida debajo del cuerpo de otro hombre. Avergonzado por haber interrumpido lo que hasta ese momento había sido un secreto íntimo, bajó la mirada y salió de la cocina. Salió también de la casa.

La tarde era fresca. El cielo despejado. El estruendo que rompió el silencio fue molesto. De pronto, el humo comenzó a nacer de la boca del cañón de la pistola que el hombre accionó. La pistola quedó inerte sobre el asfalto del estacionamiento que da al centro comercial, después de haberse disparado sobre un costado de la frente de nuestro amigo.

Una ambulancia llegó al lugar de los hechos, recogió el cuerpo y se fue. Nuevamente hubo silencio. La tarde continuó fresca y el cielo siguió despejado.

Puede que en realidad las cosas no hayan ocurrido como lo digo. Tal vez, los acreedores de este hombre eran asesinos, que lo encontraron una vez que salió de su casa, que le cobraron y que al ver el monto del cheque que les mostró, se dieron cuenta de que no era suficiente y le dieron un tiro en la cabeza.

También podríamos decir que este hombre dejó a su mujer, encontró un nuevo empleo, una dama que le fuera fiel y lo amara; que resolvió sus problemas y siguió adelante. Las posibilidades para terminar la historia son infinitas. Pero ¿sáben qué creo yo? Creo que el final no importa. Porque al final todos vamos a morir.

La Gorruña

Era una noche como cualquier otra a las orillas de la ciudad. Los primos y las tías habían llegado desde el calor sofocante de Sinaloa a la casa de Quique. Era mitad de semana, pero la visita daba motivo para un desvelo improvisado comentando alguna que otra anécdota que provocara risa a todos. No porque fueran realmente divertidas, sino porque daban oportunidad a la familia de divertirse a expensas de otros. Las historias comenzaron recordando travesuras de los ahora ya adultos, pero poco a poco se volvieron más fuertes mientras la noche avanzaba. A eso de las dos de la madrugada llegó el turno de la abuela, quién recordó a un vecino que tuvo en la Ciénega donde vivió su infancia, conocido como el Gorruña.

La familia completa se encontraba escuchando a la abuela sin perder detalle de la historia, cuando, a mitad del melodioso cacareo, Quique acercandose a su primo favorito, interrumpe:

- Rey ¿que es la Gorruña?
- No estés molestando Quique, déjame oir la historia.
- Sí, yo también la quiero oir, pero quiero saber qué es la Gorruña.

Rey, un poco irritado ante la insistencia de Quique, sin ganas de dar una explicación cansada sobre el Gorruña, sólo dijo:

- Ve al refrigerador, traeme el frasco de clamato que está en la puerta, pero no lo vayas a abrir cuando la aguja grande esté en el seis y la chica en el dos, porque entonces te va a salir un animal de tres cabezas, fauces de tiburón, patas de chivo y un ojo en el pecho, que se come a quienes abren a esa hora el refrigerador porque es a la hora que sale del cajón de los tomates a cenarse lo que hay en las divisiones de arriba. ¡Esa es la Gorruña!

Quique, asombrado pero obediente, se dirigió al refrigerador, pero primero vio el reloj. Al darse cuenta que la aguja grande todavía no llegaba al seis, rápidamente abrió la puerta, sacó el clamato y la cerró. Pero al cerrarlo, sintió como el cuero se le puso de gallina y una emoción lo invadió. Las ganas de abrir el refrigerador cuando fuera a dar la media el reloj se hicieron interminables. Estaba a punto de hacerlo, cuando la manada familiar entró en un violento orden a la cocina, dejando escapar las últimas carcajadas de la velada y comentando que era hora de dormir; razón por la cual Quique ya no pudo intentar abrir nuevamente el refrigerador cerca de la media, y ver aunque fuera un momento a la Gorruña.

Una vez en su cama, Quique planeaba minuciosamente su asalto al refrigerador la próxima noche antes de las dos y treinta. Mantendría abierto el refrigerador desde antes, hasta que la aguja larga llegara al seis y la chica estuviera en el dos y en cuanto pudiera ver la primera cabeza de la Gorruña, cerraría la puerta y presumiría a sus amigos el haber visto a la

criatura. Así lo hizo. La madrugada siguiente, diez minutos antes de la hora indicada abrió el refrigerador y esperó largo rato, pero no pasó nada. El esperado invitado no apareció. Decepcionado, se fue a dormir. Camino a su cama, inquieto todavía, fue al cuarto de su primo Rey y lo despertó:

- Rey, Rey, no salió nada. Abrí el refri antes que la aguja estuviera en el seis y esperé, pero la Gorruña no salió.

Rey entre sueños y un poco molesto le contestó:
- No estés fregando, déjame dormir. Además yo te dije que cuando la aguja estuviera en el seis, no antes ni después.- Y se volvió a dormir.

Quique sonrió satisfecho. La próxima vez lo haría bien. Abriría la puerta del refrigerador exactamente a las dos con treinta minutos, no antes ni después y al fin conocería a la Gorruña.

- Ya pasaron tres días desde que desapareció y no hemos sabido nada de él, Rey.

- Tía, tenemos que tener fe en las investigaciones, es lo único que nos queda.

- Es que todavía no me explico como pudo desaparecer un niño de cinco años de su propia casa, sin dejar rastro.

En el reflejo está ella

Al fondo, se encuentra el cuerpo de Isabel. El cuarto está seco, como ella. Sus ojos, fijos sobre aquella silueta brumosa perdiéndose a la distancia. Sobre la pared hay un espejo.

La tocó suavemente, como se toca a la espuma. Ella desvaneció en ese contacto. Un calor helado comenzó a correr por sus venas. Los poros se le agrandaron al dejar escapar un humor jugoso, casto.

El primer encuentro fue casual. estaba contemplando su reflejo de frente, desnuda, con ambas manos cubriendo la parte baja de su abdómen; reconociéndose. Ante un parpadeo, detrás de su reflejo apareció. Violentamente giró su cabeza para ver quien se encontraba a sus espaldas. Estaba sola; pero tras su reflejo, en el espejo, la silueta continuaba.

Sus manos la tocaron. La acariciaron cortantes, de papel. Se perdió en ellas resbalosas. Un olor apurado se escapaba al roce. Olor a piel, a sangre; sobre todo a sangre.

Inmediatamente salió de su cuarto, un poco asustada; pero la curiosidad la hizo volver. Al hacerlo la silueta ya no estaba. Esperó con cierta ansiedad que reapareciera de la misma forma que antes. Parpadeó constantemente, pero resultó inútil. Así lo hizo varias tardes; la silueta se rehusaba a aparecer.

Cada caricia le abrió la piel. Las manos se le escurrieron por el cuerpo, la exploraron gajo a gajo, dejando un rastro de cortadas por su camino. El aroma a púrpura cada vez era más intenso.

Antes no solía contemplarse tantas veces desnuda. Ahora había una razón para su insistencia. Ansiosa en cada ocasión esperaba encontrarse con ella, tornándose siempre infructuoso el esfuerzo.

La tocaron infinitamente. Los poros se besaron unos a otros. Las escisiones le invadieron la piel. El olor se volvió más penetrante, aumentó, la sangre comenzó a salir. Ella mantenía sus ojos cerrados.

No sabía que esa tarde nuevamente lo volvería a ver. Lo cierto era que desde su primer encuentro ella se había vuelto más abierta, y todas las tardes a partir de entonces, esperaba ansiosa frente al espejo sobre la pared de su cuarto.

Sus cuerpos se unieron, se deshicieron y volvieron a rehacerse, eran una trenza. La sangre destilaba. Sus ojos se mantenían cerrados.

En aquella ocasión se vió, no tanto con el deseo de un encuentro, más bien para reconocerse. Complacida frente a ella descubrió unos senos discretos de mirada profunda. Parpadeó y sorpresivamente tras su reflejo una sombra comenzó a asomarse. Era ella. La silueta que en aquella tarde le había descubierto reconociendo su cuerpo.

Las caricias cesaron, recordó lo ocurrido: se escucharon unos pasos del otro lado del espejo. La silueta se acercó y apoyó las manos sobre los hombros del reflejo de Isabel. Ella cerró sus ojos y sintió esas manos cortantes. Sintió como esas manos la tocaron. Tras ella no había nadie, sólo detrás de su reflejo.

De pronto su cuerpo comenzó a entumirse. Las manos que la tocaron se alejaron. Hizo un esfuerzo por levantar los párpados y abrir los ojos; tan sólo logró hacerlo a media órbita. En la bruma, una silueta de hombre se alejaba.

En el reflejo del espejo está ella, desnuda, pálida, yerma. La silueta de las manos vidriosas ha desaparecido. Sobre el suelo, tirado en un charco, está su cuerpo, desangrado. En el horizonte de muros del espejo se aprecia un rastro de gotas de sangre que la silueta dejó al escapar.

Recuerdo la noche

A Edgar Roberto

La imagen no siempre es clara. El paño sobre el cristal la hace difusa. Sólo percibo siluetas. Me acerco al cristal y comienzo a ver un rostro. No recuerdo su nombre. Recuerdo. Recuerdo la noche. No todas, nada más aquella. La noche en que chocó mi hermanito. A nadie le importa, pero yo la recuerdo.

Todos estaban allí. Tan frescos, tan ordinarios, tan *el mundo nos vale madre, cuanto y más tu hermanito*. Por momentos fui como ellos. Pareció no importarme.

-Chocó tu hermano, nos vemos al rato, ya nos vamos- me dijeron.

Pregunté nada. Seguí bañándome. Repentinamente comencé a escuchar las crepitaciones de las gotas de agua al estrellarse contra el suelo. Terminaron. Mi casa se hizo silencio. Yo me hice silencio. En el vacío profundo surgió una duda:

-¿Qué habría pasado?- La voz me hizo eco en las manos. El timbre chilló. La duda se ahogó poco a poco en ese llanto. El transporte estaba frente a la casa.

El juego de futbol comenzó. Yo estaba allí, todos estaban allí, siete mil cuatrocientas veintiseis personas y yo. Esa noche fueron frescos, ordinarios, valemadristas. Por

momentos fui como ellos. El mundo no me importó. Mi hermanito no me importó. Lo recuerdo.

Hundí mis lágrimas en una carcajada hipócrita, no dió resultado, no desaparecieron. Terminaron por invadirme. Se quedaron clavadas en la médula. No sabía cómo estaba mi hermanito. No sabía qué hacer.

El juego terminó. Regresé. Una vez en casa, me tomaron la mano, me llevaron al cuarto y me dieron un beso. Vi todo. Supe todo. Mi cuerpo se acalambró. Sobre el suelo me recogí en posición fetal y comencé a balancearme quedamente hacia enfrente y hacia atrás.

La casa estaba vacía. Después llegaron mis padres:

-Ya volvimos, no le pasó nada a tu hermano. No te preocupes-.

Cuando me postro ante un espejo, sólo percibo siluetas. Me acerco y comienzo a ver un rostro. No recuerdo su nombre. Recuerdo la noche. No todas; nada más aquella. La noche en que chocó mi hermanito. La noche en que me besó y prometió regresar por mí la muerte.

Amá

Sí, soy yo. Su hijo. Aquel que parió aquella vez que dice le caló mucho. No sé que decirle; hace tanto que no me acordaba de usté, que ahora que me acuerdo, no sé por dónde empezar.

Aunque me acordé bien de sus primeras enseñanzas. Todavía no hablaba y ya sabía hacer la señal de la cruz. Me decía que era p'a estar protegido. Le juro que me acordé tantito antes pasara, clarito. Aunque ni alcancé a persignarme.

Yo sé que todavía no me ve bien, la sangre seca me tapa la cara, por eso no me conoce; pero si me ve bien la ropa, se va a acordar. Ya sé, se me rompió la camiseta y era nueva, perdóneme.

-Buenas tardes. ¿Casa de la familia Ullóa?
-Sí.
-¿Se encuentra la señora?, hablamos de la Cruz Roja.
-¿Diga?
-Señora, encontramos el número en la identificación de un joven que ha sido atropellado.
-Voy para allá.

¡Amá, chingado! Usté siempre tan guapa. Yo sé que me creo mucho; pero, ¿qué le vamos a hacer? Así es uno y ni modo.

No llore, tanto amá. Total, todavía está mi carnal. Seguro y él la quiere más que yo. No le voy a negar que me gustaría poder abrazarla, p'a que se apoyara en mi hombro mientras lagrimea; pero ya vé. Usté allí, de negro, parada, llorando; y yo aquí, recostado, tieso y valiendo madre.

Bizarro reflejo de Gregorio

Alarde
Semana 3 Año X

¡FUE EN EL BAÑO!

A las 3:00 p.m. de este miércoles en la casa marcada con el número 25 de la calle tercera de la colonia de maestros, se encontró un cuerpo inerte en el cuarto de baño.

El cadáver mostraba la parte media de la espina dorsal asomándose por el pecho y el cráneo estrellado contra el suelo partido en tres gajos.

Aún se desconoce la causa que motivó este evento. El forense sostuvo q...

-¡Maldita sea!, Está ocurriendo de nuevo. No lo puedo evitar, cada vez es más intenso. Los síntomas son similares, se presentan en forma acentuada una y otra vez. La primera ocasión sólo fue una punzada en el abdómen y nada más; pero después, comenzaron los calambres en las antenas, hasta desprenderse, primero la izquierda, luego la derecha. Las ampollas en las alas comenzaron apenas en la mañana y ya han invadido todo mi cuerpo. ¡Carajo!, cómo odio que esto ocurra. Justo ahora siento un cosquilleo en el pecho como si algo fuera a brotar. Las patas me están sudando.

Me comienzo a inflamar y me estoy descascarando poco a poco. ¡No puede ser! Están saliendo nuevos miembros. Unas patas han sido reventadas, las otras se han despegado. Sólo tengo cuatro extremidades. Soy de otra textura. No puedo adherirme a la superficie. ¿Cómo sostenerme? ¡Coño! ¡De todos los lugares donde pudo haberme pasado, tuvo que ser en el techo de este pinche baño!

Indice

Cierta historia 5
La Gorruña 8
En el reflejo está ella 11
Recuerdo la noche 14
Amá 16
Bizarro reflejo de Gregorio 18